



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

## **HOMILÍA en la INMACULADA**

### **Catedral de Santiago, 8 de diciembre de 2009**

En el camino del Adviento brilla la estrella fulgurante de María Inmaculada, “señal de esperanza cierta y de consuelo”. Para llegar a Jesús, luz verdadera, “sol que nace de lo alto” (Lc 1,78), necesitamos su referencia que nos refleja la luz de Cristo e ilumina así el camino en nuestro peregrinar cristiano. ¡Nadie mejor que ella, estrella de la mañana!

El significado y contenido de esta fiesta quedan reflejados en la liturgia de hoy. El orden de la creación se une a la redención porque de nada serviría haber nacido si no hubiéramos sido redimidos, proclama el pregón pascual. En el prefacio de la misa se dice: “Porque preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original, para que en la plenitud de la gracia fuese digna madre de tu Hijo y comienzo e imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura. Purísima había de ser, Señor, la Virgen que nos diera al Cordero inocente que quita el pecado del mundo. Purísima la que, entre todos los hombres, es abogada de gracia y ejemplo de santidad”. María fue llamada a mostrarnos el plan de salvación de Dios y a indicarnos la necesidad de combatir y de alejar de nosotros el pecado y el mal sabiendo que el mal llega hasta donde le deja el bien y el pecado hasta donde no acogemos la gracia.

Esta solemnidad nos recuerda que hemos de ver nuestra vida desde Dios. Es la fiesta de la gracia y de la belleza, pudiendo decir: “Hemos contemplado, oh Dios, las maravillas de tu amor”. Y María es la maravilla del amor de Dios. Esta ausencia de todo pecado en la Madre de Cristo ha sido proclamada ininterrumpidamente en la historia de la Iglesia por el sentir profundamente religioso del pueblo cristiano. Ella es la Purísima, la Virgen, símbolo de la perenne virginidad de la Iglesia. No es difícil para nosotros comprender estas prerrogativas si tenemos en cuenta que la venida del Verbo encarnado pasa a través de la fe de María y de la acogida del plan de Dios en ella.

María inmaculada representa el comienzo de la Iglesia, esposa de Cristo sin mancha ni arruga, abogada de gracia y modelo de santidad para el pueblo de Dios; es la primera realización del plan de Dios en la que se cierne la promesa y la garantía de que su plan se cumplirá: “Nada hay imposible para Dios”. Nuestro destino verdadero es presentarnos santos e irreprochables ante Dios por el amor para que no tengamos que huir de él, lleno de vergüenza el rostro como ocurrió a Adán y Eva. Sabemos que hemos nacido con el pecado original,



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

que el mal anida en nuestros corazones y que nuestra alma está llena de arrugas. Desplegar estas arrugas y limpiar el pecado es indispensable porque nada manchado puede aparecer ante Dios. En esta tarea vemos a la luz de la fe que los falsos valores se desvanecen, y los verdaderos aparecen como lo refleja la Virgen María en el Magníficat: “Ha derribado del trono a los poderosos y ha enaltecido a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despidе vacíos”. Cuando nos sentimos agobiados por el deseo de poseer cosas, por el vaivén de las ideas y por unas formas de amor que tocan solamente lo periférico del amor auténtico, la Inmaculada nos enseña que la fidelidad al amor, reclama el fiel cumplimiento de sus exigencias totalizantes.

Ante el mensaje del ángel como manifestación del amor, gratuidad y cercanía de Dios, María se turbó. Los planes de Dios nos sobrepasan siempre. Pero no debemos tener miedo porque el Señor no nos deja solos: nos da en gracia aquello que nos pide como misión. “No temas... has hallado gracia... el Señor está contigo”. Sólo Dios conoce la intimidad de nuestro corazón. Y en esta intimidad hemos de darle respuesta en este momento de una sociedad descristianizada en la que aumenta el desconocimiento del mensaje cristiano, los criterios de conducta no coinciden con los valores del Evangelio en muchas personas y se está diluyendo el sentido trascendente de la vida, marginando a Dios lo que lleva a no valorar al hombre, creado a su imagen y semejanza.

A pesar de las oscuras señales de pecado que estamos encontrando en el camino de nuestra existencia, renovamos nuestra esperanza en la dignidad del ser humano, que hoy contemplamos realizado plenamente en María, reconociendo que nuestro verdadero enemigo es el pecado, raíz de todo mal. En nuestra cultura, en lugar de librarnos del pecado que nos esclaviza con una esclavitud dorada, todo el empeño se centra en librarnos del remordimiento del pecado, como quien cree que elimina la muerte suprimiendo el pensamiento sobre la muerte, o como el que se preocupa de bajar la fiebre sin curar la enfermedad, de la que aquella es sólo un providencial síntoma. Pero el dogma de la Inmaculada nos deja también un mensaje sumamente positivo: que Dios es más fuerte que el pecado. María es la señal y la garantía de esta verdad y la Iglesia entera, detrás de ella, está llamada a ser “santa e inmaculada” (Ef 5, 27).

Peregrinemos con María. Esto comporta dejar en nuestra existencia la impronta de la actitud de servicio y de acogida que son las características de la nueva civilización del amor que destierra todo odio y violencia; defender la vida y los derechos de la persona en una sociedad dispuesta a sacrificar todo al placer, a la comodidad y al egoísmo; y afirmar que en la mujer tenemos a quien puede ser con todo derecho la persona más acreditada para defender la vida desde la concepción hasta la muerte natural. Seamos fieles a Cristo, a la Iglesia y a la



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

persona humana. y manifestemos nuestra autenticidad e identidad cristianas en medio del relativismo que todo lo banaliza pues es una equivocación “pensar que lo mejor para la aceptación recíproca sería el que cada uno ocultara su fe y sus signos religiosos”, diluyendo la propia identidad en una indefinida amalgama de culturas sin identificación: en este sentido erradicar los símbolos religiosos ofende los sentimientos de los creyentes, es motivo de división y alejamiento entre las personas y erosiona la riqueza cultural de nuestro pueblo.

Los creyentes en Cristo desde la antropología cristiana “no tenemos otro modelo mejor que ofrecer que la Santísima Virgen María: una mujer santa y bendecida por Dios como no lo fuera criatura alguna. Siempre al lado de su Hijo, maestra y discípula, fiel y entregada, la más humilde y la más enaltecida”. Con ella esperamos la venida gloriosa nuestro Salvador Jesucristo. Amén.

+Julián Barrio Barrio,  
Arzobispo de Santiago de Compostela